



Déjame que te cuente II

Cuentos en torno a nuestra ciudad



Parque Universitario

2

Colección
Lima Lee



Lima es el centro de inspiración para muchos autores, y cada día se escriben más páginas donde nuestra ciudad es el escenario perfecto para descubrir junto a sus personajes, las historias que en el tiempo han construido nuestra identidad. Es por ello que en esta edición se reúne a nuestros poetas, escritores y literatos contemporáneos más destacados.

Me complace presentar esta colección de libros en el marco del 25 aniversario del reconocimiento de la UNESCO al Centro Histórico de Lima como Patrimonio Cultural de la Humanidad.

El Programa Lima Lee del “Plan Municipal de Promoción del Libro y la Lectura 2016-2021” de la Municipalidad de Lima, tiene la satisfacción de entregar de manera gratuita estas publicaciones a los vecinos con la finalidad de fomentar la lectura y la valoración de nuestro patrimonio cultural.

Luis Castañeda Lossio
Alcalde de Lima



Déjame que te cuente II

Cuentos en torno a nuestra ciudad

¡Lima Lee!

Déjame que te cuente II
Municipalidad de Lima

© Yeniva Fernández
© Pedro Novoa
© Fernando Carrasco Núñez
© Miguel Ruiz Effio
© Jennifer Thorndike

Francisco Gavidia Arrascue
Gerente de Educación y Deportes

José Carlos Juárez Espejo
Subgerente de Educación

Alex Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Selección y edición: Miguel Dante Ildefonso Huanca
Ilustración de portada e interiores: Daniel Maguiña Contreras

Diagramación: María Fernanda Pérez Díaz
Cuidado de edición: José Miguel Juárez Zevallos

Editado por:
Municipalidad de Lima
Jirón de La Unión 300 - Lima
www.munlima.gob.pe

Publicación de distribución gratuita
Prohibida su comercialización

Primera edición, octubre 2016
Tiraje 10,000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2016-14889

Impreso por Editorial Roel S.A.C.
Pasaje Miguel Valcárcel Nro. 361 Urbanización San Francisco - Ate, Perú

Presentación

Los cinco autores que componen el presente libro, pertenecientes a la nueva hornada de escritores y escritoras que han surgido en el Perú, nos muestran una Lima de hoy desde sus diferentes aristas y facetas.

Los dramas, los anhelos y los romances de sus personajes (de distintos estratos sociales) cohabitan confundándose o mimetizándose con el contorno incontrastable de sus calles, sus edificios y su cielo. Tanto desde una visión intimista, realista, fantástica o popular, los cuentos aquí reunidos no dejarán de conmover al lector.

Esta es una representativa muestra, signada con el tema de la ciudad de Lima, del auge y de la buena factura narrativa que se produce actualmente en nuestro país.

Agradecemos a los autores que colaboran en esta colección y ayudan a promover la lectura de nuestros vecinos. Sin su apoyo no hubiera sido posible que este proyecto sea una realidad.

Yeniva Fernández
(Lima, 1969)

Es licenciada en Bibliotecología por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y egresada de la Escuela de Escritura Creativa de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Formó parte del grupo literario Anillo de Moebius. Entre sus publicaciones se encuentran *Trampa para incautos* (2009) y *Siete paseos por la niebla* (2015).

Antes que caiga la noche

Mi viaje se inició en Lima, en el parque Kennedy de Miraflores (o quizá fue antes, mi madre me contó que cuando me amamantaba yo acariciaba sus pechos, abriendo y cerrando los dedos de las manos), con una breve escala en Buenos Aires, para después recalar de manera definitiva en El Retiro. Dije definitiva, pero esta afirmación tal vez sea errada. La vida me ha enseñado que no hay nada concluyente en la existencia de ningún ser que puebla la Tierra, pues hasta una simple piedrecilla puede abandonar su lecho milenario en los pocos segundos que le toma a un turista levantarla del suelo y meterla a su bolsillo.

Cada vez que estoy triste o nerviosa empiezo a divagar para distraerme. En esta ocasión me siento de las dos formas, y me es difícil evitar rodeos y digresiones. El caso es, querido Carlitos, que tal vez tenga que salir huyendo de este lugar que escogí como mi casa, mi hogar y mi sitio en el mundo, este jardín donde imaginé permanecer hasta el día que encontrarán mi cuerpo dormido, encanecido e ileso, y lo depositarán, según fuese el caso, en un basurero o en la morgue, porque de cualquier modo no creo que reconocieran en ese organismo a la turista peruana desaparecida hace tantos años que ya nadie se ocupa de buscar. O acaso me identificas tú, ahora que te acompaño de lejos, mientras avanzas por la Cuesta de Moyano, con tu eterna coleta negra, aunque con unos pasos más lentos que los de antes. No me has olvidado, ¿verdad, amigo? Por

eso vienes algunas mañanas a recorrer la misma senda que yo hice aquella tarde. Por eso todavía conservas una de las maletas que dejé en tu casa, a pesar de que al despedirme te dije, a modo de broma o de una especie de presentimiento, que si no regresaba debías darle ambas valijas a Marci. ¡Ah, mi querida Marci! Ella también se da una vuelta por el parque cada cierto tiempo, se sienta en mi banca, la que aparece en la foto que hice de mi guante y el libro, y llora. Verla así me destroza el corazón, así que un día no aguanté más, salté a su regazo sin ningún permiso y ella, tan buena, dejó a un lado su tristeza para decir, mientras me acariciaba el lomo: «Pero qué susto me has dao, guapa, ¿por qué eres hembra, verdá?». De ese modo, sin que ella lo supiera, reanudamos nuestra amistad. Sin embargo, te confieso que con todo lo mucho que la quiero, en una oportunidad tuve que clavarle las uñas, pues, colmándome de arrumacos, intentó llevarme a su piso. Lo hizo de buena fe, quiso darme un techo, asegurarme agua y comida diaria, creyó que eso era lo que buscaba cuando, al verla, engrosaba mi respiración y corría a frotar mi cabeza con sus tobillos. Claro, Marci no podía imaginar que lo último que deseo es abandonar este lugar. Soy intensamente feliz aquí, o más bien lo era hasta hace pocas semanas, hasta antes de que ellos aparecieran...

¿Ves? Soy la reina del circunloquio. Hablo de todo menos del principio, que es justo lo más importante para que entiendas lo demás. Como te dije, mi viaje no empezó aquí. De niña fui un animal solitario; no encontraba ninguna gracia en jugar con muñecas o sentarme a ver televisión. Tampoco era una buena estudiante y elegía siempre dormir antes que conversar. Al crecer mi soledad aumentó. Aprendí a disimular para hacer amigos en la universidad, y en el trabajo

me las arreglé para tener un par de parejas. No obstante, en el fondo siempre me sentía extraña, sin cabida en ningún sitio, una extranjera en todos lados, pero una mañana, mientras atravesaba el parque Kennedy, un gato, de los muchos que pululan allí, me cerró el paso. Era un gato atigrado, de profundos ojos verdes bordeados por una delgada línea negra que los realzaba todavía más. Salió desde detrás de un pequeño arbusto, en un sendero angosto, y comenzó a caminar de izquierda a derecha, de manera que si yo me dirigía a cualquiera de los dos extremos, él cortaba mi avance. Esto me hizo gracia, así que me detuve. Él se sentó frente a mí: sus ojos claros parecían analizarme, reconocermé, tratar de obtener alguna señal de mi parte. Mi respuesta ante su perturbadora mirada fue de lo más estúpida, opté por aflautar la voz y llamarlo: «bolita de peluche», «cosita linda», «bomboncito de azúcar», además de otras sandeces que hicieron que el felino diera media vuelta y se encaminara hacia una mata de geranios junto a la cual se tendió a sus anchas, ignorándome por completo. Quedé perpleja, ningún habitante del reino animal, incluidos seres humanos, me había mirado de una forma tan insólita, pero yo había arruinado el momento. En fin, pensé, y me encogí de hombros. Con el transcurrir de los días, en lugar de desvanecerse, el recuerdo de aquel encuentro se hizo más nítido y su luz alumbró en mí un antiguo, entrañable y casi olvidado deseo.

De los limeños suele decirse que no poseen pulmones, si no branquias, debido a la excesiva humedad del ambiente, que en invierno llega a cimas de noventa y ocho por ciento. Si esto sucede en toda la ciudad, en Miraflores, mi barrio natal, puede decirse que prácticamente nadamos. El acantilado del distrito reclina su cuerpo sobre el océano Pacífico, mas no



La postura y soberbia del felino hizo que el recuerdo de nuestro encuentro en lugar de desvanecerse, se volviera más nítido y entrañable.

alcanza a proteger a los miraflores del aliento del mar que se cuele en las casas y en los cuerpos con sus ráfagas de aire mojado. No es raro pues que la mayoría de los vecinos padezcan algún tipo de afección respiratoria. A mí me tocó la peor: mis constantes ataques de asma hicieron que mi familia cerrara la puerta a cualquier pretensión de tener una mascota. De niña veía perros, gatos, conejos y se me iba el alma detrás de ellos. Sin embargo, entre los «no los toques» de mis padres, y unas cuantas escapadas para abrazar al Schnauzer de Vicky Canales (una niña antipática que me cobraba por cada visita) o cargar al gatito de la panadería, que eran seguidas de horribles nebulizaciones y largos periodos en cama, aprendí a temer y olvidar a mis primeros amores. Pero el tiempo había moderado la enfermedad, así que podía permitirme largos paseos por el parque Kennedy, con el único propósito de observar a los mininos correr, jugar, dormir acurrucados junto a los árboles. Durante uno de esos recorridos conocí a un conjunto de personas que llevaban comida, agua y medicinas a los animales del parque, y de inmediato me integré a ellos, aunque siempre de manera un poco distante con mis ahijados (así era como la gente del grupo se refería a los felinos). Compraba comida y se la daba a otros para que la sirvieran; recordar el dolor, los ahogos y la angustia impedían que siquiera tocara las suaves cabezas de mis ahijados. Varios meses después de mantener esta interacción lejana volví a ver al causante de mi renovado cariño por las mascotas.

Una noche, mientras todos comían sus galletas en platos de plástico, él también se acercó a comer. Lo reconocí enseguida, atigrado, de profundos ojos verdes y largos bigotes. ¿Qué había sido de él? ¿Dónde había estado todo

ese tiempo? Sentí el impulso de tomarlo entre mis brazos, de darle de comer de mi mano. No lo hice, pero sí acaricié su lomo y me presenté: hola, mi nombre es tal, ¿te acuerdas de mí?, y continué hablando, en un soliloquio que movió a risa a mis acompañantes. Él siguió masticando sin hacerme ningún caso. Al terminar de alimentarse se retiró a la carrera. Yo lo había esperado largos meses, estaba tan contenta de reencontrarlo que quise ir tras él, mas me contuve. Era un martes de verano, el viento fresco daba palmaditas de alivio en la cara y el parque mostraba una tranquilidad inusual, sin parejas de enamorados ni música al aire libre, solo unos pocos peatones en las esquinas. Decidí tomar asiento en una de las escaleras de la rotonda, vacía de artesanos, y admirar el paisaje, el parque de mi infancia, cuánto había cambiado.

Yo fui testigo de su remodelación, de cómo aquel terreno infestado de ratas se convirtió en el hermoso parque insignia del distrito, de cuál fue el origen de su ingente cantidad de gatos, que de unos cuantos cachorros abandonados en la gruta exterior de la iglesia de enfrente pasó a convertirse, con el andar de los años, en más de una centena instalada en sus jardines. Estaba inmersa en esos pensamientos cuando una manita tocó mi brazo: era mi amigo atigrado. Se acomodó sobre mis piernas, sus pupilas eran incandescentes ahora; no obstante, la mirada que me dirigía era la misma de la primera vez. Hola, le dije, y él me respondió. No puedo explicarlo, querido Carlitos, solo sé decir que se comunicó conmigo a través de su mirada. Hermana, me llamaba, ¿qué ha pasado contigo?, decía, y me hablaba de un alma compartida por todo lo viviente, de parientes lejanos y sin embargo gemelos. Mientras lo escuchaba un extraño adormecimiento se

apoderaba de mis sentidos y la cabeza comenzó a darme vueltas. De modo brusco me puse de pie, salí corriendo y no paré hasta mi casa.

No volví al parque hasta muchos meses después. Tenía miedo; de qué, no lo sabía. Evitaba cualquier cosa que tuviera relación con felinos, con animales en general, los ataques de asma regresaron, mi vida se hizo más monótona, más gris. De repente un día escuché un reportaje en la radio. El nuevo alcalde, el cura de la parroquia y una junta de vecinos notables estaban hartos de los gatos, alegaban que eran una plaga, que provocaban enfermedades, que por su culpa todo el lugar apestaba a orines y habían puesto en marcha un plan de exterminio. Me uní a mis amigos en defensa de nuestros ahijados, hicimos marchas y plantones frente a la municipalidad, pero lo que conseguimos fue poco. Nuestra batalla por la vida de unos animales callejeros se tomó a broma; preocuparse por los niños, se reían. Una cosa no excluye a la otra, ¿pero cómo hacérselo entender a la gente, en un país con tantas carencias como el Perú? Hicimos lo que pudimos, colocamos a muchos de nuestros pequeños en hogares adoptivos y al final llegamos a un acuerdo con el alcalde: dejarían de envenenar a los gatos siempre y cuando nuestro grupo se comprometiera a mantener bajo control el incremento de la población sobreviviente. ¿Cuántos quedaban? De los ciento cuarenta que existían inicialmente, tan solo cincuenta y dos.

Yo no me hice cargo de ninguno, el asma fue una excusa ideal. No obstante, la culpa no me dejaba dormir, sobre todo porque no volví a ver a mi hermoso amigo

atigrado. Durante un año conservé la esperanza de que se hubiese salvado y que apareciera de un momento a otro a la hora de comer, pero no fue así. Para superar mi depresión, mi hermana, su esposo y unas amigas me propusieron un viaje a Buenos Aires: el festival de cine, la feria del libro y los centros comerciales serían suficientes para olvidar mi tristeza. Acertaron, fueron dos semanas agitadas y alegres. Éramos cinco los que habíamos partido de Lima y cinco los que debíamos regresar en la misma fecha, pero decidí quedarme un día más. El Jardín Botánico era un sitio que mis compañeros padrinos mencionaban a menudo como ejemplo de la perfecta convivencia entre pequeños felinos y humanos; contaban que allí nadie molestaba a los mininos, que más bien los protegían y alimentaban, pues eran una especie de símbolo de la ciudad. No podía dejar tierra argentina sin conocer ese mini paraíso. El lugar era enorme comparado con mi amado parque limeño; quizá por eso el número de gatos no me pareció tan abundante como esperaba. Igual, la belleza del entorno era una invitación a un paseo lento y sosegado. Caminaba cámara en mano, haciendo fotos a esculturas y plantas, cuando de pronto, al lado a una de las estatuas vi a una preciosa gatita de pelaje blanco y negro.

Imposible resistir la tentación de tocarla: ella se dejó acariciar con la sencillez de una vieja conocida y allí, otra vez, me atacó una laxitud de los sentidos y un vértigo muy similar al que experimenté cuando mi pequeño tigre miraflorentino entró en comunicación conmigo. Sentí que iba a caer y me puse de pie de un salto. Acto seguido, abandoné el Jardín Botánico, el hotel y el país.

Retorné a Lima resuelta a desechar toda idea que implicara la más mínima posibilidad de acercarme a un gato. Así lo hice, las consecuencias de aquel distanciamiento fueron reiterados internamientos en la clínica, ya no podía salir a ningún lado sin llevar en la cartera un broncodilatador. Con la salud tan resquebrajada, un sábado recibí tu llamada invitándome a Madrid. Yo nunca había salido de América, querido Carlitos, y tu propuesta de unas vacaciones en España produjeron en mí tal ilusión que el asma retrocedió de manera considerable mientras hacía los preparativos para el viaje. Aterricé en el aeropuerto de Barajas una madrugada de finales de octubre, ¿lo recuerdas, amigo? Tenía la intención de pasar quince días en tu país. Mi itinerario estaba cronometrado de forma estricta, cuatro días en la capital, otros cuatro en Barcelona, de allí cinco días más repartidos entre Granada y Sevilla, para luego regresar a Madrid, conocer lo que me faltaba de la ciudad, empacar las maletas y tomar un vuelo directo al Perú. Es difícil expresar de manera exacta lo feliz que fui en tu piso de Atocha, conversando contigo y con Marci. Mirándote dibujar, crear mundos enteros con un lápiz, y viéndola a ella preparar cuatro platos distintos en un par de horas y decir con total honestidad, vamó, que no es naá. Después, ir recorriendo el Museo del Prado, el Thyssen, el Reina Sofía, Las Ramblas y el Barrio Gótico en Barcelona, el Alhambra e Itálica en Granada y en Sevilla. No querido amigo, no hay palabras que describan de modo fidedigno la dicha (tampoco el dolor, lo sé). No obstante, las vacaciones en tu tierra fueron lo más cercano que había experimentado, hasta entonces, del placer de la vida, y eso que aún no sabía que aquel estado de gracia se prolongaría por más de una década.

Al principio te hablé de un viaje, querido Carlitos, es que para mí la vida ha sido eso, un viaje al fondo de mí misma. Trasladarse de un punto a otro, en la ruta que va de tus ojos a ti mismo, recorrer la distancia que hay entre lo que pareces y lo que eres, caminar hacia dentro para descubrir cómo cambia el paisaje, hasta que de repente interior y exterior son uno y sabes que has llegado a casa. Eso fue lo que me sucedió a mí. Antes te dije que siempre me había sentido una extranjera en el mundo, como si no tuviera raíces ni semejantes, como si vagara en un territorio ajeno donde tenía que amoldarme a costumbres y comportamientos que no me pertenecían. Es terrible existir así, querido Carlitos, aunque tampoco puedo ser injusta, mi estancia humana tuvo instantes únicos, distendidos, radiantes, gracias a personas como tú, Marci y otras más, con las que a veces me siento culpable por haber desaparecido sin siquiera despedirme. Pero bueno, no quiero desviarme del tema. ¿Recuerdas que al regresar a Madrid te enseñé una piedrecilla rosada que recogí en Itálica? Te la mostré entre otros muchos objetos, sin contarte por qué la guardé.

En Sevilla, además del Alcázar, la catedral con la Giralda y el Museo de Bellas Artes, también me recomendaron visitar Itálica. Ah, comentaron, si prefieres algo más antiguo, están las ruinas romanas de Itálica. Pues bien, mientras caminaba por el conjunto arqueológico no sentía mi peso, era como si mi cuerpo fuera más ligero, a la vez que mi conciencia se enlazaba con todo lo que la rodeaba. Por primera vez no me sentí ajena, sino acogida, abrigada por el olor de la tierra, por el viento que movía las ramas de los pinos, por el sol que intentaba despertar a las ninfas dormidas sobre sus

cántaros de piedra. Al contemplar un mosaico donde el dios Baco parece guiar a una tropa de centauros, varias ménades y un tigre, aquella sensación se hizo más fuerte y apareció el vértigo que se había presentado en otras ocasiones. Caí al suelo, y si no fuera porque otro turista vino en mi “ayuda”, aquella ciudad derruida se habría convertido en mi hogar. Al retirarme cogí del suelo una pequeña piedra de mármol rosa en conmemoración de ese día.

Vaya a saber nadie acerca de las cosas que van a permanecer con uno hasta el final; en mi caso, aquella piedrecilla rosada es el único artículo que conservo hasta ahora conmigo. Lamento decirte, querido Carlitos, que al salir de tu casa, la tarde que para ti fue la última vez que me viste, y dirigirme a dar un paseo por El Retiro, lo hice con la secreta esperanza de que ocurriera lo mismo que en Itálica, y así fue. Las fotos que tomé, las chucherías que compré, fueron solo un despiste, un andar buscando un lugar solitario y divisar algún congénere que me facilitara el tránsito. El que busca encuentra, dice el refrán. Un gato rubio, de ojos celestes, descansaba cerca de la fuente del ángel caído. No tuve necesidad de llamarlo. Después del mareo siguió una especie de ataque de asma, creí morir. Sin embargo, resucité. Desde entonces mi hogar está aquí, este es el lugar que elegí para vivir, porque la vida, querido amigo, solo se vive verdaderamente cuando se es feliz. Y nada se compara a correr de puntillas sobre el pasto húmedo, tenderse a dormir a pleno sol o comer en un plato de plástico las galletas que te ofrecen sin ningún interés. ¿Qué mal le hacemos al mundo, si solo pedimos un poco de comida y un lugar donde podamos ejercer el oficio de estar vivos y ser libres? Por eso no entiendo la razón por la que hace unas semanas ellos vienen al oscurecer.

La primera vez que los vi me lavaba las patas sobre una de las piedras de la cascada artificial que está cerca del Palacio de Cristal. Jóvenes vestidos de cuero negro y con la piel tatuada de viejos símbolos de muerte enseguida llamaron mi atención. Vaya, pensé, así que han regresado los malos tiempos, y me introduje en el pequeño túnel que hay debajo del torrente para descansar un rato. Unas horas después escuché sus carcajadas; con toda tranquilidad trepé a un árbol para ver qué hacían. Estaban borrachos y habían traído a unos perros. Sentí lástima por aquellos animales que les lamian las manos. De pronto, uno de los chicos gritó: «Allí hay uno», señalando a un gatito blanco que se había detenido a beber en la laguna. Lo que sucedió después fue algo tan aterrador que siento que me voy a desmayar de solo recordarlo. Yo no le tengo miedo a la muerte, querido amigo, pero sí a la violencia y al dolor. Este parque era un lugar tan lejano de todo eso, que creí que aquí nunca me alcanzarían; me equivoqué. El edén está cerrado para los pequeños. Va a caer la noche, Carlitos, yo no quiero abandonar El Retiro, este prado inmenso, bello, donde la libertad me despierta con un beso cada mañana y donde puedo ganarme el pan en las escasas labores para las que soy buena: pensar, soñar, ser feliz. Sin embargo, el horror y la crueldad practicada como distracción me empujan al exilio, ya son demasiadas veces las que he visto a los galgos desgarrar a los míos, mientras sus amos reían, y ya no soy tan joven para correr lo suficientemente rápido. La noche se cierra sobre el parque, querido Carlitos, ¿le brindarías amparo a una gata sentada en tu portal que lleva en la boca un trocito de mármol rosa?

Pedro Novoa
(Lima, 1974)

Es licenciado en Educación por la Universidad Nacional Federico Villarreal. Autor de libros como *Cacería de espejismos* (2013) y *Tú mitad animal* (2013). Obtuvo reconocimientos como el *Premio Nacional de Dramaturgia* 2004, el primer puesto en el *Concurso Dante Alighieri* (Colombia-2007), el *Premio Horacio de Novela Corta* 2010 con su obra *Seis metros de soga* y el *Premio Internacional de Novela Corta Mario Vargas Llosa* 2012 con *Maestra vida*.

El vuelo del niño avispa

...hoy que parece un niño juguetón, la mañana.

Abraham Valdelomar

Alonso el pájaro llegó al trapecio y no se sintió del todo un colibrí, como pretendía su burdo disfraz, sino un viejo pajarraco que a cincuenta metros de altura estaba dispuesto a ejecutar un doble salto mortal, suspenderse en el vacío y de alguna manera negarlo. Será como detenerse en el tiempo, o mejor, hacer que el tiempo se detenga en mis alas, pensó y buscó entre el público a Víctor. Hoy, tres de marzo, era el cumpleaños de su hijo. Por eso aguzó lo más que pudo la vista, pero fue inútil. A esa distancia el gentío le devolvía manchas indescifrables que a lo sumo significaban el rostro repetido de su angustia envuelta en bullicios.

Hace una década que no se veían. En todo ese tiempo habían dejado que los años pasen uno a uno sus ladrillos y construyan un muro infranqueable entre ellos. Una semana antes de que Víctor cumpliera nueve años su madre le había dicho que papá estaba de gira con el circo, pero que prometía llegar de todas maneras para su cumpleaños. Con cierta dosis de ironía Alonso estaba cumpliendo hoy su postergada promesa. Sin embargo, Víctor nunca le guardó resentimientos, había aprendido a asumir su ausencia como una batalla lejana que se decidía sin él. Un viejo nombre de seis letras que el tiempo había emparedado prudentemente en el olvido.

Alonso supo que enviarle la entrada para la función de esta mañana había sido un detalle, sino generoso, por lo menos simbólico. Su circo se había instalado en plena médula

comercial de La Parada, en el cruce de las avenidas 28 de Julio y Aviación, a solo unas cuadras del otrora Hotel Lima, lugar donde había vivido con Víctor y su madre hace mucho tiempo. Pensó que sería el sitio apropiado para el reencuentro.

Nada especial, solo un abrazo que aletee en el aire hasta dibujar la sonrisa de su hijo y nada más. Lo suficiente para llenar la precaria eternidad de cualquier padre. Suspiró, se sintió tan inverosímil como el ridículo disfraz que lucía. El cielo gris de La Parada lo embarraba todo con su tinte indeleble de desastres, muy apropiado para los planes de Alonso que tenía aflojadas las amarras de protección para que su caída pareciera un accidente. Sonrió, sintió que sus movimientos eran vaticinados desde abajo. Confió que entre sus adivinadores estuviera su hijo. Trató de imaginar su actual apariencia. Creyó completar al niño de ocho años que habitaba en su mente añadiéndole una decena de abriles más. Repasó y alteró cada facción del rostro añorado: la nariz, la chispa en los ojos, las comisuras de la boca cuando reía con ese zumbido juguetón que sería para siempre su mejor sonrisa. El recuerdo le pareció hermoso; la metamorfosis, imposible.

Pensó en el mecanismo que tenía la fe para corporizarse en nosotros. Recordó esa parte de *Alicia en el país de las maravillas*, cuando le advierten a la protagonista que no despierte a King Red porque la estaba soñando, que si Alicia lo hacía ella simplemente se apagaría como una vela y ya no estaría en ninguna parte, ni siquiera en un sueño. Era una hermosa forma de explicar que uno existe si cree que está en el pensamiento de otro. De pronto el amor, el recuerdo y hasta la vida misma eran, al fin, una cuestión de fe.

Rememoró su estadía en el viejo hotel donde la casualidad confabuló para que le alquilaran la mítica habitación 283 donde había vivido Humareda. Aquí tendrás que pintar algún prodigio, le había dicho a su hijo alcanzándole crayolas y cartulinas. La memoria le trajo los días cuando fatigada la pintura le leía cuentos infantiles. *El vuelo de los cóndores* era el preferido. ¿A dónde se fue *Miss Orquídea*?, preguntaba el niño siempre al final de la lectura. ¿Volverá a caer al abismo? ¿Qué es 'abismo', papá? Y él que sentía desmoronarse las certezas y las excusas para terminar diciendo: bueno, hijito, abismo son tan solo seis letras que ya no significan nada para *Miss Orquídea*. Y Víctor que aceptaba feliz, porque eso quería oír, porque eso se merecía aquella inolvidable niña de cuento.

Recordó que la noche cuando lo abandonó su hijo había dibujado a una especie de Ícaro en suspensión ingrávida con las alas multicolores extendidas al máximo (la inspiración primigenia de sus actuales alones de plástico). Perfecto mi pequeño Humareda, La Victoria ya tiene otro ilustre pintor como vecino. Ahora solo falta que coronas tu obra maestra con un buen título, quizá una palabra de seis letras, le aconsejó. Misterioso el niño postergó su decisión. Lo haré minutos antes de mi cumpleaños, prometió y señaló su dibujo. ¿Sabes quién es? Eres tú papá, detenido en el aire, mira el detalle de la sonrisa y recorrió con el dedo una curva tan pequeña y hermosa como la felicidad misma. Está feliz porque al sonreír ha logrado detener el tiempo y volverse eterno. Como tú papá, en uno de tus saltos mortales. Alonso no dijo nada que estropeará aquello. Se sintió como Alicia: no debía despertar a su soñador para seguir existiendo. Suspiró. Entonces la felicidad parecía tan sencilla de trazar y seguir. Se le ocurrió que la lógica se

disolvía en su boca como un suspiro limeño. Empalagado por una dulzura que no pretendió entender, recordó que por las tardes jugaba con Víctor al Vuelo del Niño Avispa. Quiero que me hagas volar en círculos y que cuando comience a zumbar sonrías para que detengas el tiempo. Alonso asentía en silencio, lo tomaba de los brazos y lo hacía girar hasta que el cuerpecito del niño quedaba estirado cuan largo era en el vacío.

¡Sonríe papi, sonríe, zuummm, zuummm! Y el tiempo se detenía.

Alonso hizo las previas antes del doble salto mortal, jugueteó con su cuerpo, pataleó y aleteó con sus inútiles alas de utilería. Era el supuesto ritual del colibrí antes de polinizar una orquídea. Precisamente así se llamaba el número acrobático: 'polinización'. Pésima metáfora del apareamiento entre lo vegetal y lo animal que nadie entendía. Mucho menos los niños que con su avasallador sentido común desbarataban toda presunción adulta llamando al presunto colibrí: hombre pájaro y a la presumible orquídea: mujer flor. A secas, sin mayores especificaciones. Mientras revoloteaba Alonso no dejó de escudriñar al público. Sí, se decía, tendría que haber venido. Seguía aferrado a la hipotética presencia de su hijo. Lo imaginaba contemplándolo, sino con ternura, por lo menos con curiosidad. Alistándose para verlo después de diez años surcar el espacio como un verdadero pájaro.

Todo trapecista sabe que cuando se desafía a la gravedad no se debe coquetear con la fantasía, que hacerlo sería mortal. Alonso se puso de cabeza y pensó en lo inverso, que podía ganar con ese riesgo la inmortalidad. Imaginó lo imposible: un espejo frente a otro creándose

Todo trapecista sabe que cuando se desafía a la gravedad no se debe coquetear con la fantasía, hacerlo sería mortal.



recíprocamente con sus reflejos. Él allá arriba y su hijo allá abajo. Se le ocurrió la locura de creer que si él saltara hacia otro tiempo, su hijo también lo haría para no separarse de él, para seguir inventándose mutuamente. Dominado por esa idea, se dio media vuelta, recuperó el arreglo ordinario de las cosas y justificó con más decisión su plan suicida. Miró a su compañera: el cuerpo frágil, los movimientos agolondrinados.

La muchacha estaba cronometrando las maniobras y el corazón. Seis segundos para el primer salto, seis más para el bamboleo, seis para que el pájaro haga el doble mortal y seis más para salvarlo...

Alonso siguió pensando en su hijo, debía de estar allí abajo contemplándolo en una pose vallejana, como si presumiera que el momento más grave de su vida iría a pasar traqueteando por encima de él. Recordó El Vuelo del Niño Avispa, lo arriesgado, lo fantástico de los zumbidos. Sabía que Víctor disfrutaba con los giros de aquel juego, a más rápidos y vertiginosos, más emocionantes. A veces lo envidiaba, a veces hubiera querido intercalar roles, ser él quien zumbara. Se rió, ahora estaba seguro: el amor al peligro y a lo maravilloso lo había aprendido de su hijo. Alonso sabía muy bien que los trapecistas escalaban las alturas con la mente de los suicidas, no apelaban a la fuerza o al instinto para protegerse de una muerte real.

No, ellos mejor que del trapecio se sostenían de su fe, que si eso no estaba seguro allá arriba, todo se venía abajo, incluido el instinto de sobrevivencia. Porque un hombre sin fe ya no tiene fortaleza ni instinto donde sostenerse ante un reto mortal a cincuenta metros o a cualquier otra distancia.

Es un hombre vencido, algo que ya ha caído de antemano al abismo, que ya no puede retroceder, detenerse, ni mucho menos amoldar el tiempo a su antojo. Al contrario, es su esclavo, su víctima anticipada. Porque un hombre que ha perdido la fe ya no sirve para nada. Mucho menos para subirse a un trapecio y ensayar un suicidio falso, cuando es un cadáver que ya ha saltado y caído, que ya se ha convertido en un hombre abismo. Pájaro farsante. Un estafador que estando muerto pretende arriesgar una vida que no tiene, solo para ganarse algunos aplausos.

Alonso repasó los últimos segundos como un cirujano apuntalando una invisible sutura: uno, dos, tres... Quiso seguir imaginando a su hijo, pero ya no podía asignarle un rostro infantil ni actual, comprendió con horror que era solo el eco de un nombre de seis letras que se escuchaba dentro de un muro de diez años de grosor. Fue ahí cuando se decidió. Dio la última señal a su compañera y se soltó de la barra. Ejecutó dos volteretas mortales en torno a un eje imaginario que le traspasaba la cintura de lado a lado, y se dio tiempo para volver a mirar hacia el improbable hijo, hacia el fantasmal Víctor. Al tiempo que la mujer flor le ofrecía dos pétalos estirados al máximo para salvarlo, para sacarlo por un instante de la caída, de la gravedad, de la muerte inminente. Pero Alonso, el Pájaro, apartó las manos, no la tomó, no quiso una polinización más, prefirió la redención última. Estiró los brazos lo más que pudo, cuales alones de un albatros crucificado en el vacío. Decididamente se desclavó y comenzó a revolotear como saliendo de un lodazal. Era el saludo de un viejo pájaro a su hijo. Un simple abrazo repetido por todos los que no pudo darle en diez años. Solo eso. Alcanzó a ver los dedos inútilmente crispados de su compañera, los destellos de

las cámaras fotográficas. Escuchó la consternación colectiva subiéndolo: un ¡ohhhhh!, incrédulo, sorprendido, que se transformó en un familiar zumbido.

Por la tarde, una mano caritativa le entregaba una fotografía a Víctor a manera de insospechado regalo de cumpleaños. Le hubiese gustado que estuviera allí, escuchó. Víctor contempló la imagen detenida, imaginó un pájaro humano encajado con perfección matemática en el cielo victoriano. Sintió que su padre lo miraba feliz. Se concentró en la sonrisa de la foto: una curva pequeña y hermosa como la felicidad misma. Sacó un viejo dibujo a crayolas donde también había una curva parecida. Dobló la cartulina, giró el dibujo e hizo coincidir los cuerpos acrobáticos de tal forma que las medialunas de las bocas formaran una misma sonrisa. Una circunferencia que comenzó a girar y que de pronto se detuvo y zumbó.

Cuando terminó el dulce cosquilleo dentro de las orejas, Víctor ahora solo tenía en las manos el dibujo a crayolas. Estaba feliz, hoy cumplía nueve años y su papá había llegado a tiempo para celebrarlo. Miró su pequeña obra maestra, se sintió todo un Humareda, otro ilustre vecino de La Victoria, pensó en un buen título para su dibujo. Quizá una palabra cabalística de seis letras, descartó 'abismo' u 'olvido'. Susurró el nombre de su padre: 'Alonso', 'Pájaro'; susurró el suyo: 'Víctor', 'Avispa'. Volvió a mirar el dibujo a crayolas, sonrió, zuummm, zuummm y se decidió por la palabra 'eterno'.

Fernando Carrasco Núñez
(Lima, 1976)

Es licenciado en Educación por la Universidad Nacional Enrique Guzmán y Valle, siguió la maestría en Literatura Peruana y Latinoamericana en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y ha realizado un diplomado en Didáctica de las Ciencias Pedagógicas. Entre sus publicaciones destacan *La Muerte y otras traiciones* (2009) y *Bolero matancero* (2014). Fue distinguido en diferentes certámenes literarios, su libro *Cantar de Helena y Otras muertes* resultó finalista en el *Segundo Concurso de Cuento y Poesía Dedo Crítico* 2004.

Una sombra de odio

*Un día en el camino,
que cruzaban nuestras almas,
surgió una sombra de odio
que nos apartó a los dos.*

(De un bolero popular)

—Pero cuéntame de ti, hombre, cuándo te casaste, cuántos hijos tienes —preguntó de pronto Rodrigo, después de un prolongado y agobiante silencio en que solo se dedicaron a beber, fumar y escuchar los boleros.

—Estoy solo —contestó Santiago, con voz resuelta. Luego de vaciar su vaso de cerveza, clavándole la mirada, añadió: —No tengo suerte con las mujeres... ni con los amigos.

Se habían encontrado en una esquina de las avenidas Emancipación y Tacna. Aunque Santiago había fingido desconocerlo, Rodrigo le recordó que habían ido juntos al colegio y que habían sido amigos durante la adolescencia. Minutos después, sin desearlo, Santiago se vio sentado frente a Rodrigo en un pequeño bar del jirón Zepita, donde este último era cliente asiduo. Rodrigo ordenó dos cervezas bien heladas, y luego de bromear con el dueño del bar sobre un asunto que Santiago no alcanzó a comprender, solicitó que le pusieran su música de siempre: un disco con el título *Boleros de oro*. Los pocos parroquianos que a esa hora bebían con la música de Chacalón recibieron con beneplácito la voz de Rolando La Serie, quien empezaba a cantar *Hola, soledad*. Rodrigo inició la conversación diciendo que estaba muy agotado y con sueño, pues la noche anterior había estado bebiendo en aquel mismo lugar con unos amigos y amigas del trabajo.

*Rodrigo y Santiago recuerdan sus años de estudiantes.
Brindan mientras evocan las aventuras de su adolescencia.*



Luego, por largo rato, habló sobre su trabajo como vendedor de teléfonos celulares, y hasta ofreció conseguirle uno muy moderno, a precio módico, pero Santiago no estaba interesado. En realidad Santiago estaba bastante incómodo, pues no abrigaba un buen recuerdo de aquel “amigo”. Por el contrario, en los últimos años lo recordaba como una sombra de rencor, como una sombra de odio. No obstante, era cierto que habían sido amigos, sobre todo en la primaria, pues desde muy niños ambos le cogieron afición al fútbol. Santiago evocó los partidos en el pampón del barrio al lado del colegio. Partidos que en más de una ocasión le valieron golpizas por parte de su padre, pues regresaba a casa demasiado tarde y con el uniforme sumamente sucio.

—¿Y aún juegas fútbol? —se atrevió a preguntar Santiago, con fingido interés, haciendo virar la conversación hacia otro rumbo. Rodrigo comenzó a hablar sobre su pasión inextinguible por el fútbol, sobre su club favorito, el Alianza Lima, sobre Maradona y otras cosas que Santiago ya no oía, porque mentalmente, acompañaba a la voz de Alberto Beltrán, quien cantaba *Aunque me cueste la vida*. Y fue inevitable: Santiago no pudo evitar que el recuerdo de Cristina lo llenara de nostalgia.

Ambos la habían conocido a los catorce años, cuando estudiaba en el colegio Isabel La Católica, y ellos en el Melitón Carvajal. En realidad fue Santiago quien la conoció primero. Una mañana, por llegar tarde al colegio, no lo dejaron ingresar; mientras merodeaba por las calles de Lince, unos amigos del quinto año lo convencieron de que asistiera con ellos a una fiesta escolar organizada por una muchacha del colegio La Católica, pues sus padres se

hallaban de viaje. Él aceptó. En aquella fiesta Santiago bebió licor por primera vez, y fue allí que conoció y se enamoró de Cristina, su primer amor.

Durante varios minutos Santiago no supo cómo hacer la pregunta, pero mientras bebían la sexta cerveza y Los Panchos interpretaban *Poquita fe*, se escuchó preguntando:

—¿Y cómo va la familia? —al tiempo que oportuno encendía otro cigarrillo para esconder la mirada. Expiró el humo y pidió dos cervezas más al dueño del bar.

Rodrigo permaneció callado unos segundos, como si preparara su respuesta. Luego comenzó a decir que las cosas no le habían salido bien. Refirió que después del segundo hijo empezaron a nacer los problemas. Contó que su mujer le había resultado quisquillosa: le hacía problemas por cualquier tontería, lloraba por todo. Porque se gastó la mitad del sueldo celebrando con los amigos, porque no pagó la luz y la cortaron, o porque una noche llegaba oliendo a perfume de mujer. A Santiago le pareció que Rodrigo bromeaba al considerar tales hechos como trivialidades, pero al advertir que hablaba en serio tuvo que reprimir la cólera secando de nuevo su vaso de cerveza.

—Además, ya no es la misma de antes —añadió Rodrigo con aire peyorativo, como justificándose—. Ahora es una gordita desdentada. Por todo eso la abandoné.

Santiago recibió esta última frase con desconcierto y amargura. ¡Así que la había abandonado! Además le resultaba difícil imaginar a Cristina como ahora la describía Rodrigo. Ella siempre fue muy hermosa. Incluso aquella última tarde que se vieron, ella traía el semblante demacrado

y ensombrecido, pero su belleza, aunque eclipsada, nunca desaparecía. Santiago recordó aquella cita. Él acababa de volver de Trujillo después de cuatro meses de viaje, y se encontró con la doliente noticia que su enamorada estaba en amoríos con un antiguo amigo suyo. Aunque el impacto fue implacable, poco después se sobrepuso. Una tarde que ella salía de la tienda del Jirón de la Unión, donde laboraba, Santiago la abordó y la convenció para que tomaran un café en un viejo bar-café de Lima. Después de varios minutos de tratar temas sin importancia, ambos quedaron en silencio hasta que ella comenzó a sollozar.

Le reprochó entonces, entre otras cosas, el haberse ausentado inesperadamente. Él adujo que el viaje fue imprevisto y que, además, quería sorprenderla al estar de vuelta provisto de dinero para formalizar su relación. Pero ella, sin dejar de sollozar, le cortó diciendo que eso ya no podría ser, pues estaba embarazada de Rodrigo. La noticia fue un golpe fulminante para Santiago, quien se levantó resueltamente, pagó la cuenta y se marchó sin despedirse. Desde aquella tarde no la volvió a ver. Rodrigo se la llevó a vivir al Callao, donde había adquirido un pequeño terreno. Pero ahora, ocho años después, él la había abandonado y Santiago sentía que un odio pertinaz se revolvía en sus entrañas.

—¡Así que la abandonaste! —comentó Santiago, colérico, ladeando el rostro para expirar el humo de su cigarrillo. Después, ya achispado por las cervezas, comenzó a silbar el tango *Percal*, hecho bolero en la voz de Bienvenido Granda.

En aquel instante Rodrigo advirtió que su amigo no había dejado atrás el pasado. Comprendió por qué se había mostrado reticente desde un inicio y por qué sus

respuestas fueron siempre oscuras y cortantes. Sintió un ligero estremecimiento; sin embargo, al momento se llevó la mano a la cintura y con una blasfemia exigió al dueño del bar otro par de cervezas. Rodrigo recorrió el bar con la mirada y no divisó, aún, ningún rostro conocido. Ahora comenzaba a arrepentirse de haber arrastrado a Santiago hasta ese bar. Se sintió confuso. No podía responderse por qué se había obstinado en ello. ¿Acaso deseaba ufanarse de un antiguo triunfo amoroso ya sin importancia?, ¿acaso era un sentimiento de culpa que lo impulsaba a alcanzar un perdón no hallado durante años? Rodrigo comprendió que lo mejor sería no hablar más sobre sí mismo ni de su familia. Era lo mejor para despejar la malsana atmósfera que había empezado a envolverlos. Decidió llevar el tema de la conversación hacia la otra orilla, por ello después de un prolongado silencio en que solo tarareaban los boleros y se dedicaban a beber y fumar, Rodrigo aventuró una pregunta. Lamentablemente la respuesta de Santiago, que le hundía una mirada rencorosa y desafiante, acabó con sus buenas intenciones.

—Estoy solo. No tengo suerte con las mujeres... ni con los amigos —había dicho.

Rodrigo recibió la respuesta como una bofetada en plena cara. Se llevó la mano a la cintura, nuevamente, y permaneció callado, sopesando la situación. Tal vez podía salir a la defensiva, levantar la voz, tornarse violento, pero su intuición de hombre corrido, o quizá algún motivo más, lo llevó a adoptar una aparente actitud conciliadora.

—Caray hombre, no te pongas así —dijo Rodrigo con serenidad. Había recobrado el aplomo, ya que Santiago después de dar su respuesta quedó ensimismado. En realidad con la cabeza gacha, trataba de seguir la canción

que resonaba en todo el bar. Era el bolero *Flor sin retoño*, interpretado por Pedro Infante. Después se puso de pie y enrumbó hacia el baño. Rodrigo quedó solo con su vaso en la mano. Notó que ahora el bar estaba repleto. Reconoció a un par de amigos que lo saludaban desde una mesa vecina. Encendió otro cigarrillo. Estaba muy fatigado y sentía que las cervezas comenzaban a marearlo. El dueño del bar se acercó y dejó otro platito de cancha sobre la mesa. Rodrigo agradeció y se llevó dos canchitas a la boca. Luego quedó mirando hacia el baño, al tiempo que se acomodaba la pistola que llevaba en la cintura. Cuando Santiago volvió ambos brindaron. Rodrigo quiso reanudar la conversación, pero se quedó callado hurgando en las facciones desencajadas de su amigo. Santiago había vuelto con el rostro y el cabello mojados. Sus ojos estaban enrojecidos, achinados. ¿Había vomitado en el baño o había llorado?

—Tal vez las dos cosas —pensó Rodrigo y volvió a secar su vaso.

Era cierto, Santiago había vomitado en el baño, pues no estaba habituado a emborracharse de tal forma. También había llorado como aquellas noches solitarias en su habitación en que recordaba a Cristina y la sentía ajena definitivamente. No obstante, ahora sabía que estaba sola y tenía la certeza, a pesar del tiempo transcurrido, de que ella aguardaba por él en algún lugar del Callao, pero ¿en qué lugar? Los recuerdos lo llenaron de resolución.

—¿Y en qué parte del Callao estuviste viviendo?

—preguntó Santiago a bocajarro, sin apartar la mirada de los ojos de Rodrigo. Por un instante Rodrigo tuvo el deseo de romperle la botella en la cabeza, pero fue un deseo efímero. Además había notado que detrás de la pretendida

mirada desafiante de Santiago se escondía una expresión de desolación y ansiedad, propiciada por los recuerdos de un amor no consumado. Casi sin darse cuenta, Rodrigo, sacó su lapicero y en una servilleta anotó la dirección. Después tiró el papel sobre la mesa, como quien arroja un naipe sin importancia. Santiago leyó la dirección y guardó el papel en el bolsillo de su camisa. Ambos brindaron nuevamente y Santiago volvió a clavar su mirada en los ojos de Rodrigo. Esta vez de un modo diferente.

* * *

Minutos después, completamente borrachos, ambos conversaban amenamente, riendo al recordar a amigos del pasado, e incluso cantaron a dúo, de pie y abrazados, el bolero *Dos gardenias* de Daniel Santos. De pronto, Santiago tuvo un chispazo de lucidez y decidió dar por culminada la reunión. “Tengo un asuntito pendiente que arreglar”, dijo. Propuso pagar la cuenta a medias y colocó un billete sobre la mesa. Se sentía emocionado. Rodrigo aceptó y llamó al dueño del bar. Santiago se despidió efusivamente con promesas de reencontrarse. Rodrigo vio salir a su viejo amigo y se volvió a sentar. Luego pidió una última cerveza. Unos amigos, desde otra mesa, lo llamaron; pero él no contestó. Poco después terminó su botella y dando tumbos salió del bar. Afuera notó que había oscurecido y que una lluvia tenue caía sobre la ciudad. La calle estaba vacía. Lentamente comenzó a alejarse del bar de donde se escapaban ahora las letras del bolero *Inolvidable*. Rodrigo comenzó a tararear con voz tartajosa: “En la vida... hay amores que nunca... pueden olvidarse”. Entonces pensó en su mujer, en sus hijos. Sintió un asalto de preocupación,

como en otras noches, pero casi al mismo tiempo imaginó a Santiago, borracho y bajo la lluvia, rumbo al Callao. Esa imagen lo alivió; sin embargo, no pudo continuar su difícil marcha. Ligeramente encorvado y apoyado en una pared comenzó a vomitar. Así permaneció durante varios minutos, aun cuando las arcadas cesaron. Luego levantó la mirada y aspiró el aire profundamente. Se secó el rostro con ambas manos, pues lo sintió humedecido. No era la lluvia. Solo, sumido en la oscuridad y bajo la lluvia limeña, Rodrigo había comenzado a llorar.

Miguel Ruiz Effio

(Lima, 1977)

Estudió Administración en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Cuenta con una decena de reconocimientos en concursos literarios dentro del país, como ser finalista en la *XII Bienal de Cuento Premio Copé 2002* con el texto *Derechos de autor*, y con su primer libro *La habitación del suicida* (2004) obtuvo una mención honrosa en el *V Concurso Nacional de Cuento de la Asociación Peruano-Japonesa*. Su galardón más destacado es el *Premio Cuento José Watanabe Varas 2010*, con su obra *Un hombre distinto*. Otras publicaciones suyas son *Y si el olvido un día nos* (2012) y *La carne en el asador* (2016).

Raimondi 904

*A mi padre
Gran monarca su oficio, todo
creció con él: la casa y mi alcancía
y esta humanidad.*

Pablo Guevara, Mi padre.

1

Bájalo despacito, sin golpearlo, dice mi padre, y yo obedezco. En la congestión de su rostro puedo adivinar su esfuerzo, su cansancio. Siento ganas de pasarme el brazo por el rostro, para quizá de esta manera ocultar mi propia fatiga.

Ya está, dice ahora. Acabamos de colocar sobre la acera el armazón de un ropero, verdaderamente pesado.

El hospital Almenara deja caer, por fin, su sombra sobre nosotros, luego de tantas horas de trabajar bajo el sol. Dentro del rectángulo de penumbra que se dibuja a nuestro alrededor soplan ráfagas de viento frío que alivian nuestro ahogo. Mi padre seca el sudor de su rostro con la manga de la camisa mientras camina hacia la casa de la que hemos estado entrando y saliendo toda la mañana. Cuando ya está en el interior lo veo acercarse a lo que algún día será un escritorio: pone sus manos enormes y firmes en las esquinas del mueble y me hace un gesto para que tome el otro extremo y lo ayude a levantarlo. Parece que nunca se cansará.

Vamos hijo, dice esbozando una sonrisa, y yo siento vergüenza de que note que estoy extenuado. Siento los dedos frágiles, la espalda húmeda, las venas de los brazos a punto de reventar. Maldita sea: este es trabajo de hombres, diría mi padre si leyera mis pensamientos, cómo no vas a poder.

Hemos venido muy temprano aquí, a la antigua casa de mi padre que desde hace mucho tiempo había convertido en su taller. Estamos obligados a desocupar el local. No tenemos idea de adónde irá a parar todo lo que saquemos, pero imagino que ya se le ocurrirá algo a mi padre.

A nuestro alrededor el mundo continúa funcionando. Está a punto de quebrarse lo que hasta hoy ha sido nuestra vida, pero los vecinos de las casas aledañas continúan riendo y conversando con el periódico dominical bajo el brazo. ¿Hablarán sobre nosotros, especularán sobre las razones de nuestro lanzamiento a la calle?

Con bastante torpeza sostengo mi lado del escritorio y me dejo conducir por mi padre hacia la acera, ya repleta de muebles, armazones y tablas, pero la calle es amplia y siempre hay lugar para algo más. A pesar de que estoy usando toda mi fuerza me siento ridículo al comprobar que es el peso del mueble el que guía la velocidad de mis pasos. Qué inútil eres, debe pensar mi padre.

2

El taller de mi padre está en lo que equivocadamente podría pensarse que es el final del jirón Raimondi, junto a un muro de ladrillos que interrumpe la trayectoria de la calle, justo detrás del hospital Almenara. Es una zona del distrito bastante pacífica, aunque por las noches ese sosiego se convierte en desolación y da paso a la peligrosidad. Pero no siempre fue así. Cuando yo era niño y mi padre trataba de interesarme en su oficio trayéndome al taller, solía escaparme

de su mirada y pasar las tardes mirando las interminables filas de hormigas que carcomían la corteza del árbol añejo y enorme que se levanta frente a la puerta. El silencio de la calle me permitía oír el gorjeo de las palomas y los silbidos de mi padre, mientras me entretenía provocando diásporas entre las hormigas y tapando sus agujeros en el árbol. Otros niños correteaban alrededor de las quintas o atravesaban la calle montando bicicletas.

De eso hace mucho. Hace una semana cumplí dieciséis años y creo que mi padre ha comenzado a resignarse por fin a la idea de que jamás aprenderé los principios de la carpintería. Imagino que siempre pensó que además de estudiar una carrera podría aprender su oficio, sin contar que mi interés se iría acercando hacia la lectura y la escritura, excluyendo casi todo lo demás. De los libros no vas a vivir, me decía; los hombres tienen que aprender un oficio, algo útil.

Primero bajas tu lado y después bajo yo el mío, y cuidado con los dedos, ordena mi padre. Cuidado con tus dedos, repito en mi mente. Debe considerarme el tipo más incompetente de la tierra. Qué inútil eres.

Dejamos el mueble sobre la acera. Yo permanezco mirando la fachada del taller; sucia y empapelada, suplicando votar por candidatos de todas las épocas y a todos los cargos: presidentes, diputados y senadores, alcaldes. Imagino que alguna vez la casa debió lucir majestuosa, enclavada al fondo de la calle y guarecida por la sombra de un árbol enorme y de ramas frondosas. Pero yo tengo un único recuerdo de ella: decadente, con los ventanales del frontis cubiertos de polvo, telaraña y aserrín y el gemido de

las puertas al abrirlas. El tiempo castigó la edificación hasta deslucirla: el color verde de la pared se diluyó con la sucesión de estaciones y los fragmentos de pintura, desprendidos durante meses y años, han dejado cicatrices blancas y multiformes, bosquejos de mapas, siluetas indescifrables.

Trae los cajones que están junto a la puerta, dice mi padre, mientras pasea la mirada por la calle vacía y ve acercarse una camioneta roja que ha reconocido hace algunos segundos. Levanta la mano a manera de saludo y camina hacia el vehículo, abriéndose paso entre las osamentas de madera que hemos dejado en la calle.

3

Mi padre conversa con el hombre que descendió de la camioneta roja: un tipo chato y gordo, que sonrío para parecer simpático. Imagino la conversación amable que inicia mi padre, las preguntas que intentan conocer los últimos detalles de la vida familiar del gordo y restablecer así una amistad que se alimenta de encuentros esporádicos. La esposa debe estar bien de salud, los hijos grandes y trabajando o estudiando, alguno de los nietos, seguramente, habrá nacido ya.

El gordo preguntará algo parecido: cómo estarán sus ahijados, su comadre con la que hace años no conversa. Escuchará el tema de los meses de alquiler atrasados, se enterará del desahucio. Cuando advierto que mi padre señala el taller y luego la camioneta, adivino lo que está pidiendo: veo la cara de contrariedad del gordo, las manos

que parecen querer dibujar las excusas que sus palabras y gestos no se animan a pronunciar. Mi pecho se llena de desprecio por aquel tipo. Lo recuerdo algunos años atrás: borroso, visitando la casa de noche y, siempre poco antes de marcharse, murmurándole a mi padre con el rostro teñido de vergüenza. Y lo que, debido a mi edad, me es imposible recordar, lo completo con los relatos que escuchaba de mi madre: el gordo trabajando junto a mi padre, pidiéndole la camioneta prestada, antes de que fuese necesario venderla para comprar comida y pagar las pensiones del colegio. Yo manejo, compadrito, yo se lo llevo a guardar a la playa, yo le ayudo a cambiar esa llanta, eran sus letanías de entonces, cuenta mi madre. Ahora ya no se acuerda de eso, está sobrado con su camioneta, termina diciendo siempre. Maldito gordo.

Lo observo e imagino sus negativas, sus pretextos para evitar acceder a lo que mi padre debe estar pidiendo: hágame unas carreras hasta Ingeniería, compadre, un amigo me va a guardar esto en su patio, pero no tengo para el camión de la mudanza. ¿Y el gordo? ¿Replicará lo de siempre? Los frenos, el carburador, la palanca de cambios está fallando, mucho cuidado si se compra un auto de segunda, compadrito.

Miro al hombre gordo subir a la camioneta, conversar a través de la ventanilla con mi padre, sonreír para parecer simpático y para acompañar las promesas que, seguramente, inventa. Oigo encenderse el motor del vehículo: un artefacto lento y destartalado que retrocede como si quisiera escapar del montón de tablas y vigas que reinan sobre la acera.

4

El gordo regresa a las seis, dice mi padre, y yo lo escucho sin dar crédito a lo que él mismo sabe que no ocurrirá. Imagino que ha luchado toda la tarde contra su propio pesimismo, así que creer ahora debe significar para él su último salvavidas.

Hace dos horas nos ayudaba la vecina de la casa de al lado: una mujer pequeñita, de cabellos canos y movimientos frenéticos. Movía cosas pequeñas: banquitos, sillas a medio terminar, cajones. Su presencia me incomodaba: en cualquier momento alguna pieza valiosa se me caería o estropearía y mi padre me regañaría —¡Con cuidado, caramba: qué inútil eres!—; mi humillación sería evidente y mucho mayor delante de esa presencia inoportuna y falsamente solidaria. Esto último lo comprobé cuando se acercó a mi padre con el armazón de una guitarra a la que solo le faltaban las cuerdas.

Lo había encontrado entre los desechos y probablemente pensó que lo habíamos tirado; con los ojitos llenos de codicia y la voz vacilante lanzó la pregunta que no pudo reprimir:

—Maestro, ¿y esta guitarra?

—Me la regaló un cliente por un cachuelito que le hice, respondió mi padre, pero está sin cuerdas y sin barnizar.

—¿No me la regala, vecino?, se atrevió a decir la mujer. Se le está malogrando acá.

En mitad de la calle, con sus trabajos y sus recuerdos desperdigados en la acera, mi padre debió sentir que la última amistad de su alrededor se desvanecía. Y quizá para siempre. Un moribundo a merced de los buitres, en mitad

de la calzada agrietada, mezclado con las vigas o sepultado bajo los desechos de madera.

—No vecina, discúlpeme, respondió mi padre con un tono de voz que no dejaba lugar a réplicas.

La mujer sonrió como si no importara, pero sin mostrar convicción. Dejó la guitarra en su lugar, apiló banquitos durante algunos minutos más y después se marchó. Empezó a hacer frío maestro, no me vaya a resfriar, disimuló, frotándose los brazos.

Adiós.

5

Mi padre otea el largo de la calle, como si estuviera seguro de que algún milagro se avecina. Hemos acabado de desocupar el local, y ahora solo queda esperar. Un hombre ha venido en representación del dueño y ha cambiado la cerradura. Luego ha cerrado la puerta con llave. A partir de entonces siento a mi padre más solo que nunca, incluso más que anoche.

—Maestro, le están sacando las cosas del taller, le dijeron unos muchachos a mi padre anoche, cuando se asomó a la puerta que casi habían tirado al suelo a punta de golpes. Imaginé las vigas a la intemperie, los muebles endosados entre cientos de manos: un saqueo. Cuando llegamos al taller, luego de atravesar las pocas calles que lo separan de casa, nos detuvo un muchacho alto y fornido que llamó a mi padre a una zona apartada para hablarle en voz baja, casi en secreto. Los labios del muchacho exhalaban un



*Hemos acabado de desocupar el local, y ahora solo queda esperar.
A partir de entonces siento a mi padre más solo que nunca.*

aliento pesado contra sus oídos, y mi padre debió sentir que una mano se aferraba a la piel de su antebrazo, ajustándole:

—Maestro, le rompieron la chapa de la puerta y sacaron varias cosas a la calle. Yo se las he cuidado. Había como cinco palomillas metiendo sus narices por acá, pero los corrí a todititos.

—Gracias, Loncho.

Vi entonces a mi padre introducir su mano en el bolsillo del pantalón y darle los únicos diez soles que le quedaban. Si no lo hacía el muchacho se los hubiera pedido de todas maneras, o para mayor humillación, se los hubiera arrebatado sin ningún pudor frente a los curiosos que se habían acercado al taller. Loncho, el pequeñín que años atrás se encaramaba en la ventana del taller para verlo trabajar, y que alguna vez le ayudaría a cambio de una propina. Ahora debe tener mi edad y muy mala memoria.

—Son veinte para las cinco, le digo a mi padre. Voy a la bodega del japonés: creo que tiene su televisor encendido, explico. Sé que he interrumpido sus pensamientos. Tengo las manos encogidas dentro de los bolsillos y siento las yemas de los dedos y las palmas ásperas, cubiertas de una invisible capa de aserrín.

Cuando veas llegar al gordo te vienes corriendo, pide mi padre, con el desánimo a flor de piel.

6

El hospital Almenara es una torre de cubos que deja caer su sombra larga y espesa sobre las osamentas

que rodean a mi padre. Arriba el cielo sufre una lenta metamorfosis: una cortina naranja, un pañuelo rojizo, un abanico púrpura, un velo azul.

Veo a mi padre apoyarse en el árbol que, nos contaba siempre, sembró junto con su padre y su hermano cuando llegó a Lima, hace cuarenta años. Esto probablemente haya sido una exageración suya: el árbol es mucho más viejo. Recuerdo una niñez acompañada de las historias que mi padre contaba sobre su infancia y sobre el abuelo a quien no alcancé a conocer. Casi no he mirado el partido de fútbol que transmiten en el televisor de la bodega. Incluso me incomoda el rumor de expectativa de los parroquianos que me acompañan. Y las manifestaciones de su fanatismo.

Las raíces del árbol asoman entre las grietas de la acera, venciendo el peso del concreto. ¿Cuántos años más podrá soportar aquel tronco antes de derrumbarse, corroído por los ejércitos de insectos que desfilan por su interior? Un inusual color rojizo cubre la calle, entristeciendo las casas. Oscurece. El viento frío barre el polvo, el aserrín, la memoria de mi padre. También la mía.

En medio del laberinto de madera que parece haber creado, veo a mi padre encogerse, cruzar los brazos y ocultar las manos bajo las axilas, derrotado. El hombre de las frases cortas que yo sentía descender como los golpes de los martillos que manejaba: Inútil, inútil.

¿Cuánto tiempo más vas a esperar?, pienso.

Miro mi reloj: las seis y media. Las luces de los postes empiezan a encenderse. Salgo de la bodega del japonés y

camino hacia el taller con pasos cortos, sin prisa, como si pudiera retardar lo inevitable. ¿Qué piensa ahora mi padre? ¿Cómo me sentiré cuando esto mismo suceda en casa, en mi calle, frente a mis amigos y conocidos? Nuestra situación es la misma allá, en El Porvenir: todas las semanas nos llueven notificaciones judiciales. Imagino nuestras cosas a la intemperie, y a mamá y a Rosita llorando, sin entender. Podría suceder mañana, pasado mañana. Aquí, en cambio, nadie me conoce bien, no siento la humillación de ver mis recuerdos desnudados repentinamente, como le sucede a mi padre.

Gordo de mierda, repito en mi mente.

7

El gordo ya no va a venir, dice mi padre cuando me acerco. Y así viniese, ya oscureció y no vamos a ver nada, añade.

Por la calle que intersecta el jirón Raimondi, un grupo de perros hostiga a una hembra. Pasan frente a nosotros, gruñéndose entre sí. En cualquier momento empezarán a ladrar y a morderse.

—Si quieres, está diciendo ahora mi padre, regresa a la casa y avisa a tu mamá que me voy a quedar cuidando las cosas. Saca una moneda y me la ofrece: mañana vienes temprano, a las siete, para ver qué hacemos.

Acaricio la moneda entre mis manos. Hace frío y cada vez se ve menos. Unas siluetas aparecen tambaleándose desde el fondo de la calle: tres borrachos que hablan a gritos,

insultándose con frases soeces. El más joven de ellos (¿Loncho?) señala el taller. La noche es una pregunta perturbadora; lentamente se va deshaciendo sobre el asfalto corroído.

—Prefiero quedarme, le digo a mi padre, como si pudiera curar su tristeza con estas palabras. Miro a nuestro alrededor, tratando de disimular la turbación: hurgando entre los muebles dispersos en la acera descubro un grupo de varillas de madera y una de acero.

Las tres siluetas se acercan. El más viejo lleva una botella que, probablemente, quebrará con facilidad.

Jennifer Thorndike

(Lima, 1983)

Es una versátil narradora, publicista y diseñadora. En setiembre de 2007 publicó su primer libro de cuentos *Cromosoma Z* y en 2015 *Antifaces*, en novela tiene *Ella* publicada en 2012 y *Esa muerte existe* (2016). Su narrativa ha sido antologada en *Abofeteando un cadáver* (2007), *Magdala* (2008), *Voces para Lilith* (2011), *Disidentes 1* (2011), *Basta, 100 mujeres contra la violencia de género* (2012), entre otras antologías.

Día de salida

1

Hoy es viernes, día de salida. Me levanto, me cambio, me lavo la cara y me recojo el pelo en una cola. Luego salgo del cuarto. Ella está esperándome con la lista de víveres, el celular, las llaves y el dinero exacto. Sabe cuánto gastamos todas las semanas en el supermercado, no se necesita más. Ella saca los tres candados que resguardan la puerta antes de abrirla. No son los únicos: cada puerta o ventana está asegurada para evitar que alguien, sabiendo que adentro hay dos mujeres solas, entre a robar. Su miedo es enfermizo, como todo en ella lo es. Ahora se acerca para despedirse y darme su bendición, pero yo la rechazo instintivamente.

—No te demores.

No demoraré, no puedo. Ella controla el tiempo que debo estar fuera. Entre una hora y media y dos, no más. Si los minutos se dilatan comenzará a llamarme sin parar. No soporto la vibración del celular ni sus preguntas de siempre: ¿Dónde estás? ¿Por qué te demoras? ¿No te parece mal dejarme sola tanto tiempo? Salgo.

Todos los viernes, cuando ella cierra la puerta y yo después de siete días respiro el aire exterior, revivo la idea de no regresar. Para cualquiera sería fácil robar el dinero de la semana, abandonar el celular y huir. Pero para mí no lo es: a medida que avanzo, siento que su presencia se

vuelve abrumadora y me acosa, sin importar cuán lejos de casa esté. Entonces imagino la huída: comenzaría a correr, buscando desesperadamente perderme antes de que ella consiga darme caza. Pero sé que es imposible: ella tiene la capacidad de invadir todos los espacios de la ciudad donde me encuentre. Media vuelta y a comenzar de nuevo, a caminar sobresaltada, escondida, nerviosa, contando los billetes sin poder soportar sus ojos vigilantes y su voz repitiendo: *«eres una desgraciada, mala hija, dejas a tu madre sola sin comer sabiendo que es una mujer enferma, mala hija»*, en un eco sin final que me haría sentir culpable y terminaría partiendo mi cuerpo en unos pedazos que ella recogería para armarlos a su antojo y depositarlos bajo custodia de un nuevo candado, en esa casa ultra segura que sólo abre sus puertas cuando su voluntad lo cree necesario.

Abandono la idea de la huída y entro al supermercado. Comienzo a comprar los víveres mirando el reloj, paso por la sección de limpieza siempre observando la pantalla del celular (no vaya a ser que haya llamado) y me detengo ante la licorería para hacer cálculos y ver si esta semana puedo comprar una botella de su vino favorito sólo para molestarla y que sienta tanto como yo el peso de la tonelada de pastillas para los nervios con las que se droga y no le permiten tomar alcohol. Pero desisto, dejo el vino en la caja y pago lo demás. No voy a recibir vuelto.

—¿Desea donar sus centavitos?

—No.

No, déjeme los centavitos para sentir que tengo dinero y que es suficiente para huir, cambiar de ciudad, de identidad y así evitar que me ella me encuentre. La ansiedad

por enfrentar ese otro lado desconocido crece. Cuento: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... seis centavos. Los meteré en mi latita. Ojalá hubieran inventado estas moneditas hace veinticinco años, cuando todo esto empezó. Quizá ahora ya tendría suficientes. Las meto al bolsillo y regreso a la casa empujando el carrito con las bolsas. Quiero que el camino se haga más largo para no llegar, pero mis pies aceleran el paso porque saben que el celular puede comenzar a vibrar. Ella me está esperando: sus ojos colgados de la ventana, el teléfono en la mano. Abro la puerta, descargo las bolsas. Ella pasa los candados por sus aldabas. Me quita la llave y yo subo a mi cuarto. Cierro la puerta para no escuchar sus quejas. Lo último que logro entender es la palabra malagradecida que sobresale cada vez que pronuncia mi nombre.

2

Quise sacar el espejo de mi cuarto, pero ella no me lo permitió. Le di mis razones, pero como no quiso escucharme, decidí romperlo. Su desesperación la llevó a hacer una de sus escenas habituales. Sin embargo, por primera vez dio patadas contra la puerta y buscó que alguna de las llaves de su manajo pudiera violar mi cerradura. Pero sabía que era inútil, que yo había logrado quitarle la única copia de la llave de mi cuarto el día que decidí refugiarme en él. Era lo mejor: encerrarme dentro del cuarto para verla lo menos posible.

La puerta parecía no soportar más golpes. Jalé la cómoda y bloqueé la entrada. Luego me miré en uno de los pedazos de espejo y redescubrí los cambios que había

sufrido mi cuerpo. Estaba cansada de ver las arrugas que atravesaban mi cara, la piel caída, las canas que asomaban cada vez en mayor cantidad, los vellos encima del labio, las cejas ahora varoniles. Mis razones eran válidas, se lo repetí hasta el cansancio. Volví a correr la cómoda, abrí la puerta y le tiré los pedazos de espejo a sus pies.

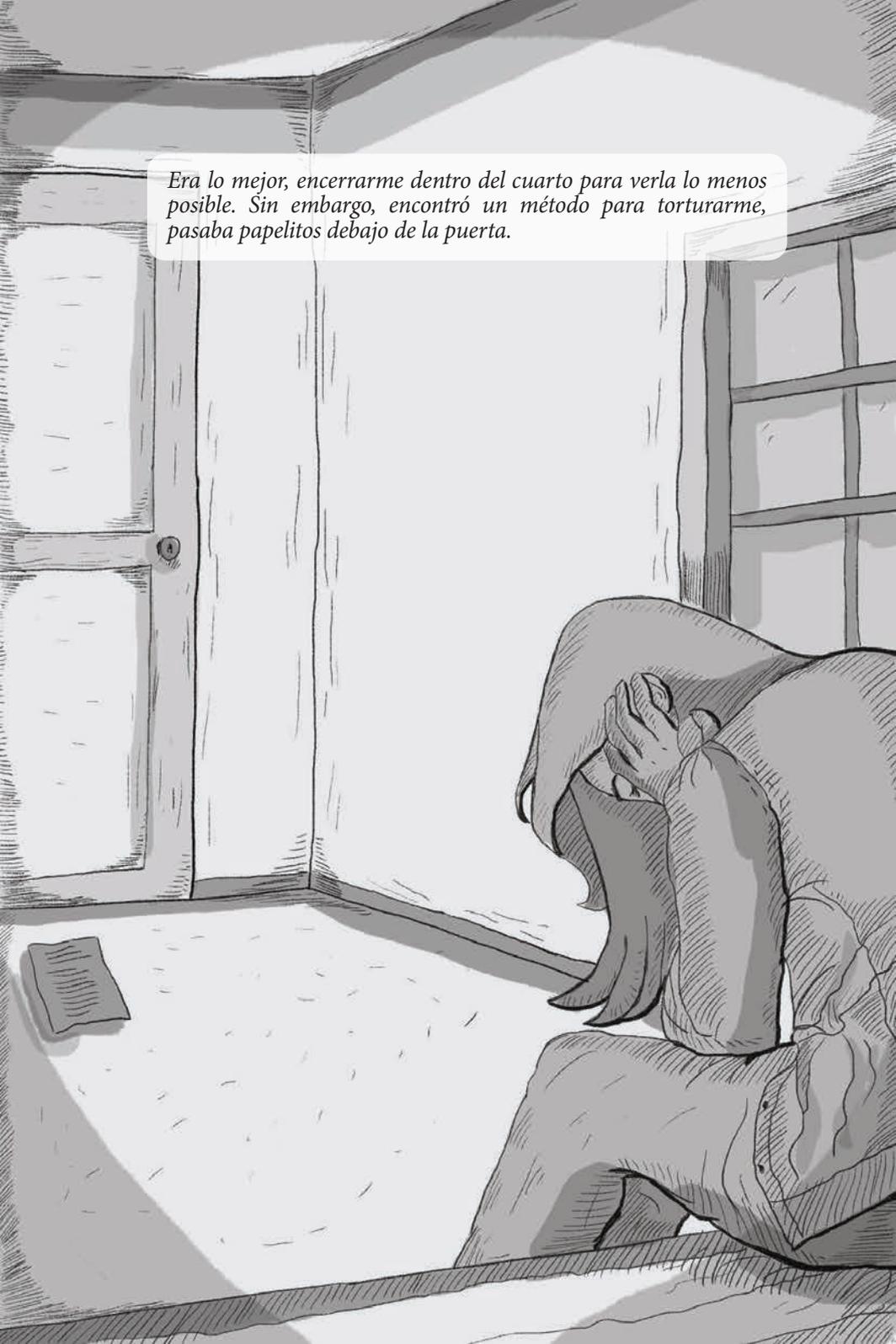
—Lárgate.

—Pero hijita...

Volví a encerrarme. Al otro lado de la puerta, ella empezó a hablar en tono conciliador. Últimamente no lo hacía porque sabía que yo no iba a responderle. Con los años desarrollé la capacidad de no prestarle atención. Sin embargo, ella, con su mente siempre activa, buscando la manera adecuada de hacerme daño, había inventado un sistema de torturarme, incluso en el único espacio donde podía evitarla. Pasaba diariamente papelitos donde se encargaba de comunicarme lo que yo no quería escuchar. Finalizaba siempre de la misma manera:

Que Dios te ablande el corazón, hija mía, para que salgas de ese cuarto y vuelvas a estar al lado de tu madre. Tú sabes que eres lo único que tengo, que eres mi única familia. No me puedes dejar sola porque podría pasarme algo, podría morirme. Yo sé que tú no eres mala como tu hermano, yo sé que tú no harías lo que él hizo. No me trates así, encuentra un poco de comprensión para tu madre. Me muero por abrazarte y que me abracés. Lo necesito hijita. No puedo estar sola. Ruego a Dios que te ablande el corazón. Te quiero mucho.

Era lo mejor, encerrarme dentro del cuarto para verla lo menos posible. Sin embargo, encontró un método para torturarme, pasaba papelitos debajo de la puerta.



Tenía que leer cada papelito que pasaba por debajo de mi puerta porque temía que efectivamente hiciera algo, que ese papel fuera una carta de despedida y yo terminara cargando con la culpa. Ella no era una persona normal. Siempre había estado mal de los nervios. Por eso mi papá y su otro hijo la habían dejado. Yo también lo hubiera hecho, pero no pude. Ella restringió mis salidas y tomó todas las decisiones sobre mi futuro. Me hizo sentir culpable de sus errores, y finalmente impuso que me quede a su lado para cuidarla, diciendo que yo se lo debía en recompensa a tantos sacrificios que ella había hecho. Además, desde joven comenzó a actuar como si fuera una inválida, siempre con la excusa de sus nervios. Conseguía receta tras receta de ansiolíticos, antidepresivos y pastillas para problemas neurológicos, todo para convencerme de que estaba enferma y que no podía valerse por sí misma. Lo logré, y por eso sigo acá. Pero no pienso salir del cuarto más. Abrazarla me produciría repugnancia, odio. El odio es el único sentimiento que todavía puedo percibir con claridad.

3

Hay un cristal roto en la ventana de mi cuarto. Al igual que el espejo, lo rompí en uno de esos momentos de angustia que suelo tener con frecuencia. La noche que rompí el cristal, por ejemplo, fue la primera vez que tuve esa pesadilla que ahora se ha vuelto recurrente: la veo saltando por la ventana y estrellándose contra el piso. Luego se presenta la imagen de su cuerpo reventado, e incluso comienza a percibirse el hedor de la carne pudriéndose. Sin embargo, cuando me acerco y me

detengo en la expresión de su rostro, me doy cuenta de que una sonrisa satisfecha se dirige a mí.

—Te he malogrado un poco más la vida.

Desperté. Al principio me quedé como apagada, ligeramente adolorida. Miraba el techo sin poder moverme. Luego sentí una angustia desbordante y quise tomar aire porque me estaba asfixiando. Me encontré con la ventana cerrada por un candado. Empecé a dar de puñetazos hasta que rompí uno de los cristales. Entró un poco de aire, pero no me era suficiente. Empecé a inhalar con fuerza como tratando de sacar aire de un respirador artificial. Sirvió. Cuando logré calmarme del todo agradecí la pesadilla. Ahora tenía ese respirador artificial (que había cubierto con un plástico transparente) cada vez que lo necesitaba, sobre todo los domingos en que ella, una vez más, deslizaba la misma notita adjunta a los avisos clasificados de vivienda:

Mira, hijita, lo caros que están los departamentos. Sería imposible que te fueras a vivir a otro lugar con lo caros que además se han puesto los servicios. La luz es la peor, ya sabes. Te he marcado algunos para que te convenzas. Te quiero, a ver si sales un ratito.

Resaltados en amarillo, la lista de los departamentos que me eran inaccesibles, la confirmación de que estaba amarrada a ese cuarto, a esa casa, a ella, de por vida. Y en ese momento buscaba el respirador artificial, le quitaba su cubierta y sacaba la nariz. Me sentía aliviada. Pero luego abría los ojos y odiaba esa fuente de aire, la ventana entera, porque en lugar de ampliar mi espacio lo limitaba.

Esa ventana era su representación perfecta y por eso el respirador artificial no era suficiente. Y el vértigo, una vez más, me tumbaba en la cama con el periódico al lado y los pulmones completamente vacíos.

4

Me he sentado contra la puerta de mi cuarto. Ella la golpea y grita. Me doy cuenta de que ha roto la botella de vino que le traje porque el líquido rojo se cuele por debajo de la puerta. Yo me distraigo formando figuras con las manchas que deja el vino en el parquet.

—Desgraciada, tanto me he sacrificado por ustedes para nada. Cuando me muera te vas a dar cuenta de lo mala que has sido con tu madre.

Toco las manchas con la mano, las estiro. El líquido es absorbido por la madera mientras yo recibo sus gritos, sus insultos, sus amenazas. Y las manchitas que se extienden, me envuelven y me protegen porque concentrada en ellas no escucho, no siento, no veo más que su color rojo sobre el parquet. Miro esa figura que se retuerce y que muta, y pido que ella se tranquilice porque si hace algo, yo seré la responsable y la responsabilidad se ocupará de borrar todas estas manchas que ahora me distraen.

—Mala hija.

Ella deja de golpear la puerta. Después escucho que se encierra en su cuarto, que está al lado del mío. Su presencia tan cercana me abruma.

Me levanto y voy a la ventana. El plástico cae y entra el aire helado. Nunca me es suficiente, pero no me quejo. En el respirador artificial se me pasó por la cabeza comenzar a contar. ¿Cuántos años tiene? ¿Cuántos años de vida le quedan? Yo tengo cincuenta, cincuenta y uno, cincuenta y dos, ¿cincuenta y cinco? Entonces ella debe tener ochenta y tres. ¿Cuántos años más tengo que esperar? Desde que cumpliste ochenta, cuento y cuento y no tengo cuándo terminar de contar porque el tiempo se sigue estirando, la espera se prolonga y no hay nada que me indique que vaya a terminar pronto. El respirador no cumple su función y me ahogo, y admito que tienes razón en lo de desgraciada, en lo de mala hija, en que no me importas en absoluto, porque todos los días deseo que llegue el momento, y vuelvo a contar y me ahogo y la ventana con el vidrio roto no me sirve de nada.

En ese momento no me queda más que recurrir al cajón donde están todos los papelitos que pasas por debajo de la puerta. Y saco uno que conservo en un lugar especial, protegido, aislado, marcado, uno que todavía puede darme un futuro a pesar de los ¿cincuenta y seis? años que cada día siento más insoportables:

Hijita, quería conversar contigo, pero no me abres la puerta. Hablé con el abogado y me dijo que probablemente el resto de mi herencia quedará estancada en los procesos judiciales y las deudas de tu abuelo. No me dio esperanza de que ni yo, ni tú, ni tu hermano, podamos disfrutar de ese dinero. En fin, no nos falta nada por ahora, pero imagino que el día que me muera tú podrías quedarte en la calle, ya que ni siquiera terminaste la carrera que escogí para ti, y que tanto sacrificio me costó. Como me

preocupo por ti, a pesar de que no lo mereces, he decidido ponerte como beneficiaria de mi seguro de vida. Con ese dinero algo podrás hacer cuando tu madre te falte. He dejado los papeles en la maleta blanca donde guardo los documentos. Espero que Dios, la virgen y sus ángeles te protejan siempre. No dejo de rogar también para que se te ablande el corazón y salgamos a ver a tu madre, que está sola en este mundo y solamente te tiene a ti.

El papelito y yo por un instante cobramos vida, nos ilusionamos: él por prometer, yo por confiar. De pronto escuchamos que ella sale de su cuarto y comienza a golpear la puerta otra vez. El papelito se me escabulle de las manos y cae encima de la mancha de vino que está bajo mis pies. Se ahoga.

—Sal a limpiar, no esperarás que una vieja como yo se parta la columna haciéndolo.

Abro mi puerta y tomo el trapeador que ella sostiene. Me pongo de rodillas y recojo los vidrios. Ella supervisa, me indica lo que debo hacer, me hace cumplir sus órdenes. Yo limpio, encero, lustro, mientras cuento y cuento y cuento...

5

Dos días sin pasarme papelitos por debajo de la puerta era una rareza en ella. Por eso salí tomando precauciones. Ella podía estar planeando algo para obligarme a salir del cuarto y así dejarme vulnerable ante su presencia sin puerta, ni respirador artificial, ni papelitos de por medio. Sin embargo, no se escuchaba nada, la casa parecía vacía. La busqué por el piso superior,

no estaba. Bajé las escaleras y la encontré en la mecedora de la sala, inmóvil. Me acerqué. Todavía tenía un lapicero en la mano. Encima de la mesa de café, había una nota que no había terminado de escribir:

Hijita, estos días no me he estado sintiendo muy bien. No te lo dije antes porque no quería preocuparte, aunque si no fueras como eres e hicieras lo que debes de hacer, ya te habrías dado cuenta. Si este malestar no me pasa mañana, llamaré al doctor. Espero que estés presente cuando venga porque es lo que te corresponde. Sé que no me dejarás sola, que me quieres a pesar de ese carácter tan difícil que tienes. Yo no sé qué te he hecho para que seas así conmigo. En todo caso, espero que si te hice algo, entiendas que siempre fue porque pensé que era lo mejor para ti y por eso sé que no hice mal y no me arrepiento...

La nota terminaba ahí y, aunque hubiera seguido, no habría continuado leyéndola. La tomé y la guardé en mi bolsillo para almacenarla en mi cajón. Luego le tomé el pulso y no pude sentir nada. Tampoco respiraba. El lapicero se dejó caer de su mano para confirmarme lo que yo ya sabía. Había llegado el momento de dejar de contar, de salir, de olvidar. Vi su manajo de llaves. Lo llevaba colgado a la cintura. Me costó moverla para sacarlo. El rigor mortis se estaba encargando de continuar la misión que ella había planeado para mí desde el día en que me concibió. Y yo luchando, convirtiéndome en un ave de rapiña que necesitaba sus restos para sobrevivir. Hasta que cedió y yo comencé a ahogarme otra vez, a probar las llaves de los tres candados de la puerta. Y éstas, también

conspirando, se resbalaban, se confundían, no coincidían hasta que pude vencerlas y romper los cerrojos con las uñas astilladas, con las manos enrojecidas.

Salí. Respiré hondo y me dejé invadir por los recuerdos para dejarlos ir. Y cuando se fueron me di cuenta de que eran lo único que tenía, que borrarlos significaba quedar vacía. Miré alrededor y no sabía qué hacer, ni a dónde ir, ni por dónde comenzar. Entonces recordé que ella siempre repetía que lo que ocurriera fuera de esta casa a mí no debía importarme. Y yo, cuando todavía era joven, me sentía indignada y quería pegarle, quería callarla y coserle la boca para que dejara de repetirlo. Cuando pasaron los años, ese comentario que antes parecía un agujonazo dejó de dolerme, dejó de sentirse, dejó de molestarme. Finalmente, ahora me doy cuenta por qué.

ÍNDICE

Yeniva Fernández	5
Antes que caiga la noche	7
Pedro Novoa	21
El vuelo del niño avispa	23
Fernando Carrasco Núñez	33
Una sombra de odio	35
Miguel Ruiz Effio	47
Raimondi 904	49
Jennifer Thorndike	63
Día de salida	65

Colección Lima Lee





Salí. Respiré hondo y me dejé invadir por los recuerdos para dejarlos ir. Y cuando se fueron me di cuenta de que eran lo único que tenía, que borrarlos significa quedar vacía.

Jennifer Thorndike



Organización
de las Naciones Unidas
para la Educación,
la Ciencia y la Cultura

Con el apoyo de la
Oficina de Lima
Representación en Perú



biblioteca
nacional
del Perú